

Paraje Pavón

Relatos

Tamara Domenech

Tapa: Polimorfa. Óleo pastel sobre papel.

Paraje Pavón. Relatos autobiográficos sobre el aburrimiento, contradicciones y afirmaciones. 2025.

Domenech, María Tamara

Paraje Pavón / María Tamara Domenech. - 1a ed. -

Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Tiempo Dorado, 2025.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-631-90601-7-1

1. Literatura Argentina. I. Título.

CDD A860

Paraje Pavón

Registra días atravesados por el aburrimiento

la repetición de actividades

amistades

la propia voz.

Pero también la posibilidad de apertura de un tiempo nuevo

o anterior a cumplir roles definidos:

madre,

hija,

esposa,

trabajadora

que me invita al silencio

escucha y deriva

mentiras para hacer cosas que me gustan

la observación.

A ese pasaje

lo nombro "Paraje Pavón"

un sitio que, con la estatua de un soldado sonriente, conmemora una batalla

unitaria- federal

en un pueblito de la costa atlántica argentina

por el cual pasé

mientras paseaba en auto

como si ésta fuera una manera,

bastante efectiva,

de salir de un laberinto empírico y mental

de la mano de alguien que nos invita

hacia algún lugar incierto

me dan ganas de seguir

ilusionándome.

Blanca, grises, verde, azul

Llegamos a la casa recién pintada de blanco. Esta vez, en cambio de limpiar los restos de papeles de diario dispuestos en el piso con gotas escapadas de un rodillo o pincel, barrer, pasar un trapo con lavandina, otro en los muebles, descansamos.

Sacamos dos sillas a la galería, de espaldas a la casa, al trabajo y, sin decir ninguna palabra, nos concentramos en el paisaje: en frente la misma edificación sin terminar con techo de paja, paredes carmín y autos abandonados en la entrada; la calle de arena, las flores silvestres, los árboles nuevos, pájaros de distintas especies que parecen señalar los puntos cardinales.

Con un mate en la mano y el termo en la mesa no sé qué pensás. Ni vos tampoco. No es importante.

Estar juntos y quietos es vaciarnos de cientos de palabras que dijimos durante el año, de la misma cantidad de acciones obligadas o deseadas, es lo más parecido al desagote de una pileta de competición que no quedará seca, sino mojada por el agua estancada que se va, el agua de la manguera que la limpia, el agua que la vuelve a llenar. Tu mano agarra la mía y nuestros ojos permanecen abiertos como si fueran ventanas por las que ingresa una brisa fresca en la habitación, ordenada y desordenada, el cuerpo.

Mis exhalaciones son grises, un humo de preocupaciones que guardo en relación a este mismo viaje; pedidos por escuchar de nuestros hijos en cualquier momento; recuerdos que quedaron impregnados en el mismo espacio en el que estamos, en la tierra, en el aire; dolores físicos que aparecen con la edad; un aburrimiento que me acompañaba desde hace un tiempo y no se va ni se transformaba en otra cosa, es un compañero de banco imaginario que estoy obligada a ver todos los días, el cual no me produce alegría ni tristeza y me hace sentir incómoda pero cualquier intento de levantarme y alejarme es imposible porque retrocedo por no dejarlo solo.

Dejamos el mate en la mesa al lado del termo. Y, después de unas horas, me proponés dar vueltas en auto para reconocer el paisaje que está lejos de casa dentro de la misma localidad.

Encendés el motor del coche, ponés primera, luego segunda, y así sucesivamente hasta alcanzar la velocidad crucero. Desde la costa nos adentramos en el campo y llegamos a una circunvalación en la que hay una estatua de un soldado que sonríe y al lado una placa que dice: "Paraje Pavón", no quiero buscar información sobre lo que nos enteramos después, que fue una lucha entre defensores y detractores de la confederación argentina. Y seguimos hasta ver una escuela, bolsas de arena colgadas en los patios, la leyenda en una pared que festeja a las mujeres boxeadoras del lugar, la luna que se asoma de a poco en el cielo, mientras nosotros seguimos unidos y callados.

Voces

La voz del padre de H. suena infantil y severa como si perdurara el sabor de una golosina favorita, disfrutada en su infancia, en un rincón de su boca. La lengua la esconde para que sus hijos le hagan caso y no se distraigan con un caramelo que se mueve de un lado al otro sólo por gusto. “Qué hacés, cómo andás”, son preguntas que sobrevuelan directrices: “te quedás sentado, comé todo el plato, hoy no vas, si no me hacés caso te apago, inmediatamente, la luz de tu cuarto”.

La voz de la madre de L. suena verdadera y falsa. Las palabras, unas tras otras, concatenadas en introducciones, desarrollos y conclusiones de temas variados, académicos y domésticos, se tropieza con un hilo de voz antiguo que pide la atención de personas que ya no están: compañeros de banco, hermanos, amigos. Los argumentos dejan en el aire vestimentas recargadas de hombreras, bordados, pespuntos, hebillas de una niña que no pudo o no quiso crecer.

La voz del padre de M. es altanera. Rota en carcajadas. “Quién la quiere a mi mujer, jajaja, se la regalo, jajaja.”

La voz de la mujer del padre de M. es dulce y huidiza. Nunca está quieta ni tranquila. Va y viene a un kiosco imaginario que es su corazón en busca de azúcar para tragar la oscuridad.

La voz de la madre de H. es solidaria e hiriente. “Si no están todos no saco la foto. Hay que irlos a buscar”. “Mis chicos no quieren ir a tu casa. No lo pasan bien. No te quieren”.

La voz del padre de L. no se escucha. Sólo sonidos de vocales: o, a, u, i, e. Forma parte de un grupo con un mínimo gasto de energía.

La voz de mi marido es dócil y militante. De otra época.

La de mis hijxs hecha de cientos de tonos genealógicos, hermosa cuando cantan.

La mía es rápida y mandona. Quiero dejarla sola, volvérmela a encontrar después de un tiempo y ver si cambió algo.

Somos cuatro matrimonios con nuestros hijos en una playa de la costa atlántica argentina, sentados en sillas y recostados sobre lonas.

Nos conocemos desde hace mucho tiempo, sin embargo, creo que es la primera vez que nos escucho.

Pecera

Estamos en un país pecera con agua transparente, sus habitantes; decenas de bares, centros culturales, museos, negocios, peces de colores; vidrios limpios y finos, la vista al mar desde cualquier lugar; ferias en las que venden collares, revistas, láminas viejas, piedras en el fondo como si fueran calles, en vez de grises, blancas y amarillas, rosadas, verdes y azules.

Visitamos un museo de arte de los tres que nos dan ganas: el de Joaquín Torres García y no llegamos a ver el de José Gurvich y el de Pedro Figari.

Tres hombres y ninguna mujer.

Ingresamos al primer piso en el que venden libros y juguetes de madera y luego visitamos los cinco pisos en los que observamos desde pinturas clásicas, juegos, ropas, alfabetos.

Me detengo en una imagen que ocupa una pared, en la que se lo ve a él, junto a su mujer y sus hijos y leemos una breve biografía de su vida.

Lo que en otro momento podría maravillarme o serme indiferente me llena de preguntas: ¿La mujer pintaría también, escribiría o a qué le hubiera gustado hacer, además de criar a sus hijos? Torres García ¿jugaría con ellos con los juguetes que había inventado, o se habría inspirado para crearlos y no le quedó tiempo para jugar? La casa en la que vivían tan amplia, tan cómoda ¿la abrían adquirido con el dinero de premios y obras venidas, se la habrían regalado, alquilarían? ¿Qué obras de arte se crean sin tiempo y sin dinero? ¿Son materiales o inmateriales? Si fueran de estas últimas, de qué estarían hechas, ¿pensamientos, ideas, sueños, bostezos, formas determinadas de inhalar y exhalar?

No me sale exclamar: ¡Oh!, ¡ah!, si no ¿eh?, ¡juy!

Cómo sería el arte si no hubiera excepciones sino más bien miles de millones de posibilidades, tantas como seres humanos existan en el planeta tierra para expresar una necesidad, una alegría, una injusticia, un recuerdo, un deseo.

Entonces bajamos con mis hijos y mi marido, sobre el piso de madera nuestros pasos hacen un ruido parecido al de un tambor, como el que usaban los negros que pintaba Figari, que también me hace preguntar: ¿qué obras se conservan realizadas por las personas de raza negra negro, dónde se las puede ver, dónde están?

Cuando llegamos al mismo hall de entrada desde el cual comenzamos la visita veo una hermosa fuente con dos peces blancos nada más y un sin fin de algas de las que, supongo, se alimentan. El agua parece fría. La toco y no es así como creí.

¿Será un macho y una hembra, dos machos, dos hembras, una madre con una hija, un padre con un hijo, una madre con un hijo, un padre con una hija, o no tendrán relación entre sí? ¿A partir de la observación de los rasgos de los animales distinguiremos el parentesco o sólo se presentarán ante nosotros como especies de vertebrados e invertebrados?

Mientras los, las o lo/as observo me veo a mi marido a mí.

A alguno de mis hijos con alguno de nosotros dos.

Yendo de un lado para el otro, como en una gran ciudad en la que nos sentimos cómodos y repletos de preguntas sin respuestas.

Amiga

La antepenúltima vez que nos habíamos visto la había auxiliado. Hacía mucho calor en la presentación de un libro, en la cual la había invitado a leer. Después de un rato, cuando le estaba por tocar a ella, me miró fijo y enseguida me di cuenta que no se sentía bien, le pedí a una allegada en común que fuera a buscar un vaso de agua y, desde una silla, con una voz casi derretida pidió que leyéramos el poema que había elegido. Pero, como cada invitada ya lo había hecho, nos pareció que era mejor concluir la jornada.

Salimos a la calle y la acompañamos a tomar un taxi, le pedí que me mandara un mensaje cuando llegara a su casa y, como no lo hizo, al día siguiente, le pregunté: “¿llegaste bien?”, “sí”, me respondió, “con aire acondicionado el mareo se me pasó enseguida”.

Después de esa respuesta pasaron dos meses, aproximadamente, y me quedé esperando un mensaje más, como por ejemplo: “cómo terminó, cómo te sentiste, qué te pareció”, algo.

Pero no. Entonces, creí que el hecho de estar juntas en una presentación literaria la ponía mal pese a que me quería mucho y eso yo lo sentía.

Durante el verano pensé en ella y en la amistad que teníamos, por ahí era hora de dejarla atrás.

La anteúltima vez nos reunimos para despedir el año con amigas en común y evité involucrarme en sus comentarios, intercambiar miradas, jugué con la idea de que no era tan importante para mí. Tomamos jugo, después probamos un postre con flores y café. Lo único que les pregunté fue si se iban a ir de vacaciones y, después de que todas respondieran, ella comentó al pasar que viajaría a otro país que había conocido dos años atrás. Me pareció raro que lo dijera al final, parecía que podría no haberlo dicho. Y que no me haya preguntado nada, como por ejemplo: “qué museos se pueden conocer, dónde se puede ir a comer, qué excursiones se pueden hacer, cómo es el mar”.

Quizá era mejor desconocernos. Tal es así, que fue la primera vez que no nos acompañamos a tomar el colectivo de vuelta, me fui con otra, la estaba cambiando por otra amiga.

Un día de las vacaciones se organizó un nuevo encuentro, íbamos a vernos tres de cinco amigas. Hasta último momento ese era el plan, pero, de una manera repentina, la amiga con la que me había ido la última vez no iba a poder ir, entonces quedábamos ella y yo. Ella mandó un mensaje a un grupo que tenemos en los teléfonos, proponiendo: “T., qué tal si vamos igual” y yo le respondí: “hola amiga, nos vemos, llego a las 17:30 hs.” Cuando dije eso, me pregunté en cómo iba a seguir llamando amiga, a una que estaba dejando o jugando a dejar atrás.

Y fue así, la palabra se adelantó, fue como decir: “te amo”, a una persona que no sabía si me iba a amar.

Esa vez no mencionamos lo que había pasado en la presentación, ni en el bar. Volvimos a charlar como si nada hubiera pasado, o lo malo hubiera quedado atrás.

Entonces agradecí que mi corazón no me hubiera traicionado, ni mi boca. Siempre la iba a querer. No podía dejar de llamarla de esa manera.

Hormigas

Tomo la línea 34 y bajo en Pacífico. Cruzo Santa Fe hacia el subte D, estación Palermo y como está cerrada por obras, camino cuatro cuadras hasta plaza Italia. Una vez sentada, me vuelvo a parar en la estación Carlos Pellegrini para hacer combinación con la C que va a Constitución. Llego a la Terminal, paso la tarjeta, voy hacia el andén 11 con destino a la Ciudad de La Plata, pero veo un cartel con luces que se encienden y se apagan que informa: “solo hasta Villa Elisa”. Un obrero que está arreglando las vías me dice: “Te conviene cruzar la Avenida y tomar el 125 que va directo por Autopista”.

Cruzo, llego a la parada, subo, me siento y me quedo dormida. Cuando abro los ojos veo un cartel con la leyenda: “Bienvenidos a La Plata”, me acomodo en el asiento y descendiendo en Plaza Italia, uno de los tantos lugares que traslado en mi memoria después de que recorriera la famosa feria artesanal en los años 80 y que mi padre me pidiera que la distrajera a mi hermana para comprarle el regalo de navidad. A mí me compró una cajita lila que tenía un gato pintado en la tapa que le daba la espalda a quien lo veía y a ella un plato con la misma imagen para colgar.

Sigo caminando por la Avenida 7 y paso por una panadería en la que antes funcionaba una bombonería, a la que íbamos con una amiga a probar cosas dulces cuando estábamos aburridas, por la esquina de la casa de mis abuelos, por la facultad, por el bar en el que me encontraba con mi primer novio, por uno de los laterales de un centro cultural al que íbamos a ver muestras de arte.

Llego a la óptica y me atiende el mismo oculista de hace 30 años. No le digo que lo reconozco, pero sé que él también se da cuenta de que soy yo.

Luego, camino hacia un negocio en el que venden artesanías y me compro un par de zapatos. Al señor que atiende le cuento que vengo desde Buenos Aires desde hace 25 años y me contesta algo así como: “son buenos, cómodos, los llevan las enfermeras, los médicos, los camilleros”. Me pregunto si no se los confundirá con otros que son de goma, dado que los que estoy llevando son zuecos con una base de madera que hacen ruido al andar y dudo sobre aquello que necesitan los pacientes, acerca de si es silencio o el sonido de pasos que los hagan despertar. Sonrío sin saber qué responderle, tampoco le digo que iba con mi padre a ver unos muñequitos de madera color pastel, muy tiernos.

Sólo lo evoco al ver un pájaro de madera que cuelga del techo y pienso que le gustaría, lo llevaría, pero es tan caro que no puedo.

Luego paso por la Escuela de Danza en la que estudié y por dos o tres locales de la calle 8 a los que me gustaba ir y que no existen más.

Después, almuerzo con mi hermana y mi mamá. Y a la tarde visito a mi mejor amiga de infancia con la que a los 5 o 6 años llevábamos nuestros muñecos a las casas en construcción y les decíamos a nuestras familias que ya habíamos conseguido un lugar para vivir con nuestros juguetes y nuestra mejor amiga. Convencidas de que la felicidad era así de fácil y por ahí lo sea. Mientras las dos, que ya tenemos 50 años, hablamos con la misma intensidad que lo hacíamos una arriba y la otra debajo de una cama cucheta, me detengo en el fragmento de una cáscara de naranja que me detuve a observar durante el paseo de la mañana. Decenas de hormigas extrayendo alimento y transportándolo en la espalda, una detrás de la otra para no perderse.

Pienso si no serán así los recuerdos, hormigas, que se alimentan de la vida, vaya una a saber hacia dónde los llevan, a qué remoto lugar.

Cumpleaños

Es el cumpleaños de mi hijo. Me levanto más temprano como todos los años, inflo un globo por cada año cumplido, uno de color naranja, otro amarillo, hasta completar 14. Preparo el desayuno, dispongo las cartas que hicimos el día anterior todos los integrantes de la familia y espero a que se levante, sentada en la galería que tiene la casa de mar. Allí recuerdo otros cumpleaños festejados en el mismo lugar, repleto de familiares y amigos que ya no vemos, sin embargo, yo nunca me fui de al lado de mi hijo, ni siquiera en las peores circunstancias. Sus ojos son un fuego que me mantiene imantada a creer que el calor existe, el color, como así también las formas que no conocemos hechas de humo, chispas, ensoñación y espera.

Cuando se levanta, lo abrazo y conversamos sobre cualquier cosa. Está feliz. No siempre lo vi así. Hubo momentos en los que estaba atento a cosas que no ocurrían: invitados, regalos, sucesos, comida, vivía de una manera incómoda, exigente.

Después del desayuno preparo el festejo en la playa, hago todo lo que tengo que hacer, pero sin ganas. Siento que podría quedarme todo el día en esta misma galería con él, escuchando los pájaros, mirando el cielo, hablando cada tanto. Pero no puedo hacerle esto, confundir un momento con otro. Como si estuviera en la clínica en la que nació, eran vacaciones no pudieron ir a conocerlo, los familiares y los amigos, no los necesitaba.

Estaba contenta donde estaba en una cama con las sábanas blancas, un bebé vestido de azul, el botón con el que podía llamar a la enfermera y un profundo silencio que permitía escuchar dos corazones al mismo tiempo. Uno más exacerbado, otro más lento. Uno que recién entraba en contacto con lo que lo rodeaba y otro que ya lo conocía desde hacía 35 años.

Entonces, dejo que mi falta de energía no se interponga en su ilusión.

Acomodamos sándwiches y papas fritas en una canasta; jugos y la torta en una heladera; paletas, pelota, sogá, el tejo en un bolso, las velas y el encendedor en mi cartera y subimos al auto.

Una vez que llegamos armamos una carpa, desplegamos una mesa y dos sillitas y, despacio, de a poco vienen sus amigos, comienza a sonreír, a confiar y dejo de verlo hasta que, pasadas algunas horas, los salimos a buscar para que sople las velitas.

Antes, me pide una toalla para secarse y la deja colgada en el respaldo de la silla: las telas mojadas se vuelven pesadas y oscuras y al secarse claras y livianas, una transformación parecida al tiempo, una sensación del comienzo del día que cambió el fin.

Camas cuchetas

Nos elegimos como amigas el primer día de jardín. Teníamos el mismo color y largo de pelo, la misma textura física, las mismas ganas de sonreír.

Desde ese día anduvimos del brazo de un lado para el otro: el rincón de los muñecos y la cocina, el de dibujo, el de los libros, el de los animales, el patio. En cada uno encontrábamos indicios de cosas por explorar: charlas. De todos, los que más nos gustaban era el de los muñecos y la cocina en el que hacíamos experimentos para envenenar a una compañera con la que no nos llevábamos bien y el de dibujo, en el que repetíamos, una y otra vez, las casas en las que íbamos a vivir de grandes: dos pisos, dos baños, dos habitaciones, living comedor y jardín.

Una vez que comenzamos la escuela primaria empezamos a volver solas, pero, como nos costaba separarnos, el regreso era infinito. Ella me acompañaba a mí y luego yo a ella. Y volvía sola por la 503, repleta de árboles añejos, retamas, pájaros y chicharras. Esa calle guarda en su alma de brea y cemento millones de nuestras pisadas que fueron cambiando a lo largo de los años de número y modelo de zapatos y zapatillas.

A la tarde nos llamábamos por teléfono para organizar si nos juntábamos para terminar alguna tarea o seguir hablando porque sí. Nunca nos quedábamos sin algo para decir, explicar, proponer, criticar, enojarnos.

Los fines de semana podíamos quedarnos a dormir una en la casa de la otra. A ella le gustaba ir a la mía y a mí a la de ella, en la que dormía en una habitación pequeña con una lámpara de hierro con vidrios anaranjados y una pequeña repisa de madera con forma de pez en la que disponía muñecos de madera de colores fuertes.

Ella dormía arriba y yo abajo. O yo arriba y ella abajo. O las dos juntas arriba y su hermana abajo. O las dos juntas abajo y su hermana arriba. Acostadas los temas seguían saliendo de nuestras bocas, nuestras voces nos agarraban de las manos y nos llevaban a conocer nuevos paisajes interminables y encantados.

En la adolescencia nos distanciamos pese a sentir que nos queríamos igual.

En la juventud nos reencontramos y a las charlas se les sumó el hecho de que ya podíamos salir, pasear, volverlas realidad. Bailamos, tomamos alcohol y conocimos mucha gente.

En la adultez nos volvimos a distanciar, creo yo, por el hecho de que ella justo había sido mamá y yo justo había perdido un bebé. Nuestras caras eran incompatibles. No encajábamos. Dejamos de combinar.

Pero después de 10 años, un día la invité a almorzar a casa, en la que vivía con mi marido y mis hijos y, sin decir nada, volvimos a hablar de una manera fácil, como si las manos del destino, el azar, o dios hubiese apretado el botón de *play* en un pasacasete que había estado, simplemente, en *pause*.

Hace poco nos vimos solas, sin el resto de compañeras de la primaria y la secundaria, en el jardín de su casa, tan parecido al que habíamos dibujado. Nos hicimos tragos dulces con hielo y comimos cosas ricas. El cielo estaba despejado, no se vía la luna desde donde estábamos sentadas, apenas algunas estrellas y sentí que las palabras tenían el ritmo de las primeras conversaciones, en el colegio, en la calle, en la cama cucheta, ese invento de madera que une dos cosas del mismo tamaño, del mismo color, del mismo material como nos pasa a nosotras con lo que nos provoca maldecir, ayudarnos, reír.

Choque Rojo

El día anterior habíamos llegado a la casa de mar y, al siguiente, mientras acomodábamos el jardín: ramas, por un lado, piñas por el otro; recoger basura y pensar qué decisión tomar sobre yuyos, pastos y maleza, mi hija viene a contarme que se va a caminar rumbo a un faro que está a 15 kilómetros de distancia. Frente a lo cual respondo: “no”, porque el día está nublado, hay pronóstico de lluvias y sabemos por vecinos que el camino por la playa en un momento se corta y no estamos seguros que se pueda avanzar por las rocas. Ella comienza a gritar y, con calma, le explico que también son mis vacaciones y que no me las tomé para discutir y pelear, que invente otra cosa o que piense dónde podemos ir juntas por la tarde.

Cuando llega la hora le pregunto si quiere acompañarme en auto hasta el pueblo a comprar algunas cosas, me dice que sí, se prepara y subimos al auto.

Una vez que arranco y comienzo a andar por calles de césped, ver el cielo abierto, disfrutar de los cantos de los pájaros comenta al pasar: “quiero que sepas que voy a ir a bailar y no vamos a volver hasta la madrugada” y le digo que me parece bien siempre y cuando me avise cuando llegue a la casa de la amiga en la que se va a quedar a dormir. Y otra vez vuelve a recriminar que no la controle, que es libre, que si se acuerda lo hace y si no le da igual.

Son unos segundos de tirones entre palabras y tonos, hasta que tengo que frenar de golpe en una esquina porque pasa una camioneta roja a toda velocidad.

Desde donde estamos hasta donde debemos ir vamos calladas. Yo mirando hacia adelante, ella por la ventanilla.

Ese silencio vuelve real lo que no podemos imaginar: morir discutiendo por el deseo de vivir: hacer cientos de cosas, todas juntas, todas ya, de una hija adolescente.

Cuando llegamos al pueblo no encontramos estacionamiento, damos miles de vueltas, el auto comienza a dar las mismas que mi mente antes de cada respuesta. La imita sin palabras, repitiendo el mismo circuito, sonidos de frenos, luces que titilan, chirridos de ventanillas y puertas que se cierran.

En un momento dado, dice: “basta, dejémoslo ahí”, mientras señala la esquina de un camping. Y le hago caso. El aroma a eucalipto nos invade, la visión de personas que toman mate sobre lonas y sillas, mientras los chicos corren de un lado para el otro.

En ese momento, bajamos, caminamos hacia los negocios, agarradas del brazo en son de paz.

Querida Bufanda:

Rosa y celeste, rayada. Tejida con dos tipos de lanas, una suave y la otra áspera. La celeste había quedado de un pulóver tejido por mi abuela materna con una dedicación extrema: dos puntos distintos conformaban una trama hecha de cuadrados. Cuello redondo, puños y largo. Lo usaba con una pollera kilt que había heredado de una prima que se había exiliado en Francia, una camisa de jean con volados, medias tres cuartos y zapatos azules. La otra había quedado de uno rosa con un punto complejo, como si fuera producto de una pirueta que la aguja debía hacer en el aire para ingresar a una trama de vencedores del vacío por haber confiado en manos arrugadas, expertas, con dedos delgados y anillos con cruces y rosarios. Lo usaba con un pantalón del mismo color, una camisa blanca con volados, medias blancas y los mismos zapatos azules.

Ella te había hecho con sobrantes de las dos y la inicial de mi nombre en los dos extremos que culminaban en flecos.

Te escribo 40 años después.

Nunca supe qué pasó después de haberte olvidado en una casa en la que un hombre vivía con una mujer, la mujer había sido madre, y se había peleado conmigo porque no le respondía, lo que ella quería escuchar, a su propia hija. El hombre al percibir que se dirigía a una niña como si fuera una madre igual que ella, me apuró y me dijo que me subiera a un auto hacia otro lugar lejos de las preguntas sin respuesta.

Esa noche, cuando por fin había llegado a mi casa, reparé en que tenía el guardapolvo, la mochila, la campera, el pulóver, pero a vos no.

A la semana siguiente de lo sucedido el hombre perdonó a la mujer, y esa fue la forma que adquirió la relación entre los dos: rota y vuelta a coser: zurcida. Lo que provocó que esa casa en mi presencia quedara llena de cicatrices. Todavía si cierro los ojos las puedo tocar, son leves relieves al tacto de algunas personas.

Cuando les pregunté si te habían visto, dónde estabas, si yo estaba segura que te había llevado allí no me respondieron nada, o lo que se les responde a los niños, de una manera rápida sin darle importancia: “no sabemos, qué se yo, acá no dejaste nada”.

¿Te habrán regalado o tirado a la basura como forma de deshacerse de un problema?

¿Te habrás escondido en un ropero, debajo de la cama, arriba del techo para no escuchar disparates?

¿Te habrás escapado y no supiste cómo encontrarme?

Cómo saberlo.

Sólo que fuiste hecha con la dedicación que llevaban las cosas hace muchos años atrás: ir a las lanerías, elegir los colores, de las madejas armar los ovillos, seleccionar las agujas, hojear revistas con puntos, tomar las medidas, esperar a que las prendas estuvieran terminadas.

Que te extrañé tanto como a mi abuela que me hacía detenerme en los colores como si fueran los garantes del asombro.

Y que ellos mintieron.

Te riego, pero no te quiero

Planta. Mediana. Hojas de dos colores, verde claro y oscuro, de textura peluda, crecen junto a otras diminutas con filamentos colgantes, marrones.

Pensé que podía cambiarte por otra más sencilla, menos complicada a simple vista, pero la vendedora me dijo que no, que no está permitido devolver un ser vivo porque pudo haber contraído una enfermedad, bicharse en otro hábitat, aunque su estadía haya sido corta, y de esa manera contagiar a las demás que quedaron en un vivero para nadie. Quizá en otra la maceta me resultes más graciosa pero no hay caso. Te llevo a upa nuevamente y me detengo a pensar dónde ponerte. Si no te veo muy seguido, como por ejemplo en el centro de la mesa, podamos convivir en la misma casa con cierta distancia. Te coloco en el estante más alto de la alacena, pero, a medida que pasan los días, tus hojas comienzan a opacarse. No quiero que mueras. Es más complejo no querer o amar a alguien que te hace mal y decidir no verlo más. Y, como me doy cuenta de que te esquivo con la mirada, antes de ubicarte en otro sitio te pongo enfrente para tratar de explicar qué me pasa:

¿Serán los dos colores de las hojas las que me hacen desconfiar? ¿Como si tuvieses dos caras, dos lenguas, dos maneras distintas de comportarte según con quién estés?

¿Será la contrariedad que me genera tu cuerpo? ¿Que de lejos parece suave, pero en realidad es rasposos?

¿O esos hilos hasta dónde llegarán, qué quieren agarrar?

¿Será tu aspecto difuso? ¿Mitad planta mitad mujer mitad animal?

Sin respuestas te llevo al último estante del baño con el deseo de que te nutra el vapor, pero no. Otra vez volvés a ponerte mustia.

Esta vez te bajo y creo que sentís lo que pienso: “te riego, pero no te quiero”. Esa verdad te vuelve inofensiva y al mismo tiempo brillante.

Pese a que te mantenga te vas deteriorando cada vez más porque no tenés forma de escapar y a mí tampoco se me ocurren otras maneras de olvidar un regalo, sin que eso signifique olvidar a quien me lo regaló.

Las hojas con el correr de los días se vuelven nacaradas como si fueras un caracol verde fosforescente estancado en la orilla de una playa. Hasta que un día te toco y te deshacés.

Sos de polvo como las mariposas, las estrellas, las personas.

Salgo al patio, me siento en una silla y secciono pequeñas porciones, las dispongo en la palma de la mano y te soplo.

Con cada exhalación me mostrás formas del miedo que se van.

Un arcoíris detrás de una ventana

Para volver, siempre tomamos el mismo camino y por ese motivo vemos una casa en una esquina que tiene una ventana iluminada por un árbol de navidad.

A la mañana, da la sensación de que vive un adolescente que se olvida de apagarlo a la noche, le da igual o lo deja a propósito para recordar que algún familiar lo sacó de una baulera, lo armó con más o menos dedicación, y lo dejó encendido antes de irse por mucho tiempo, quizá a otro sitio para trabajar en temporada alta y así mantenerlo durante el año. Y aquél decidió no tocarlo para comprender que la soledad era pasajera.

A la tarde, da la sensación de que vive una mujer a la que le prestaron un refugio, un familiar, una amiga para que se escondiera de un hombre que la angustia. El hombre es calvo, tiene barba, músculos y usa ropa de colores. Se muestra alegre frente a los demás, excepto con ella con quien se pone huraño, celoso y egoísta. Hasta que un día ella sintió la respiración de él sobre sus ojos, como si de esa manera absorviera el oxígeno de sus sueños de niña, de joven, de adulta, de anciana y se dio cuenta que se tenía que alejar si quería seguir siendo ella misma, tener un nombre, recuerdos y ganas de amar. Él se las había quitado con gestos: soplarle la cara, cuchichearle en la oreja, sacarle la lengua ni bien se ponía hacer algo que no fuera estar a su lado.

A la noche, da la sensación de que vive un anciano o una anciana o ambos, una vida distinta a la que tuvieron hasta entonces, a partir de la creación de un nuevo lenguaje constituido por destellos de lamparitas con forma de estrellas, lunas, pinos, obsequios, ciervos. Si desean cenar juntos encienden las de las estrellas; si quieren enviarle un mensaje a alguien que extrañan, la de las lunas; si desean salir a caminar por la orilla del mar, las de los pinos; si no quieren limpiar, cocinar, lavar encienden las de los regalos; si quieren acariciarse, las de los ciervos.

Cada vez que pasamos en auto recreé, completé, difuminé estas historias, pero nunca las deshice ni se las conté a nadie.

Una madrugada que conduje bastante rápido creí que un arcoíris me alcanzaba, uno que comenzaba en esa esquina y terminaba en mi auto. No sé si de esta manera alguien me pedía auxilio o me hacía compañía hasta llegar a casa.

No interferir. las palabras

La mañana se va extendiendo cada vez más hasta que se hace la hora de almorzar y tenemos que prepararnos para ir a la casa de unos amigos.

Sin embargo, no quiero. Las vacaciones significan no tener horarios ni compromisos o tenerlos de una manera distinta a la habitual, deshabitada.

Amago con irme a bañar, preparar las bebidas, la vajilla, los bolsos de playa y no lo hago. Entonces desisto y me dejo llevar de la mano de lo que va surgiendo. De manera pausada, pasos de danza.

Mi marido y mis hijos cumplen. Tenían ganas. Y cuando parten en auto, lo primero que hago es echarme en la hamaca paraguaya en la que nunca había estado por falta de tiempo. Desde ese lugar escucho los álamos. Grabo el sonido con un teléfono celular y cuando lo quiero reproducir contradice lo que está sucediendo, no sé si por falta de desarrollo tecnológico, como una pelea que van a dar toda la vida, o por azar.

El canto de los árboles me envuelve, una canción de cuna 50 años después hasta que me quedo dormida. Cuando me levanto por el frío, me echo en la galería al sol, en la que está mi perra y duermo junto a ella como si fuéramos madre e hija o abuela y nieta.

Después, preparo el almuerzo y un bolso para ir a la playa. Camino varios kilómetros prestando atención a los arrullos del mar, los ladridos de los perros, los llantos de los bebés, los gritos y las risas de los chicos. Estoy sola y acompañada.

Cuando llego al punto del cual había partido le pido al guardavida si puede cuidarme los anteojos, el vestido, los zapatos y la cartera. Me dice que sí y me zambullo en el mar.

Ya está atardeciendo y me llama la atención la manera en la que comienzo a extrañar a mi familia, y cómo no me parece extraño no haberme hamacado durante 17 años de crianza, no haberme metido lo suficiente al mar, no haberme dejado llevar por los ruidos exteriores a la casa.

De regreso, compro unas botellas de cerveza que las abro mientras miro las nubes, sus movimientos de tortugas, yéndose a visitar y despidiéndose de las demás.

Pongo un disco de Charly García mientras observo cómo flamea una toalla colgada de un tronco. En loop. Una canción, la tela, los sorbos de cerveza.

Es una tarde dedicada a los sonidos olvidados. No hay preguntas ni respuestas. Sólo un baile lento como a mis 12 años, con los chicos que me gustaban en los primeros malones, entre el paisaje y mis oídos.

Coro de pinceles

Invito a mis hijos y a sus amigos a jugar al juego de los sonidos que consiste en pintarlos con témperas, pinceles y las manos.

Cada uno tiene que elegir entre uno y cuatro colores a razón del total de los participantes, y una vez que finalizamos cada creación, rotamos los pinceles: finos, gruesos, el uso de los dedos y podemos cambiar el color siempre y cuando dejemos alguno de la paleta anterior.

Escuchamos: hamacas, sube y bajas, árboles, pájaros, conversaciones, el mar.

Nos pasan un montón de cosas:

Cómo se pinta un sonido, ¿hay una manera?, o cuántas hay. ¿Nos dejamos llevar por el ritmo, las imágenes que representan, o el deseo de escucharlo como si fuera la primera vez?

Los dibujos propios que menos nos gustan son los que más nos divierten realizar.

Y algunos de los que más les atraen a los demás. Lo que impide romperlos, tirarlos y, en cambio, mirarlos con sus ojos.

A medida que avanzamos, nos damos cuenta de rasgos que se repiten en cada uno: R. completa toda la hoja con distinto tipo de pinceladas. De un pincel hace tantas variaciones como sean posibles. S. compone con salpicaduras, charcos o puntitos. N. con manchas hechas con las cerdas y los dedos, gira la hoja, la mira y agrega algo más. En mi caso me doy cuenta de algo que no me gusta: el hecho de que prevalezcan las palabras por sobre el disfrute. Y además que aparezcan, una y otra vez, líneas que unen lo que está desunido, distante o simplemente dispuesto de manera autónoma. Quisiera pintar como lxs otrxs.

Transmiten la sensación de estar en una sola cosa, un país, una casa, una relación.

Estamos toda la tarde disponiendo pintura, cambiando el agua, revolviendo.

Somos parte de un coro de pinceles que suenan juntos dentro de un vaso.

Papa vieja. Pepe muere

Pelo papas viejas mientras miro por la ventana de la cocina. ¿Nos habremos olvidado de ellas? Si no estaban escondidas, estaban a la vista de toda persona que fuera a lavarse las manos o un plato en la pileta, al lado en una canasta de mimbre junto a las cebollas, compradas ambas el mismo día en el mismo lugar. Cómo es posible que mientras las cebollas, después de una semana, sigan intactas, las papas hayan estado a punto de pudrirse con esos bracitos blancos que crecen para ¿pedir? “Mírenme, aprovéchenme, disfruten, antes que el destino final sea un contenedor de basura. Es preferible ser parte de un cuerpo cuyo interior también es oscuro.

Cuando están así, cuando dejamos que llegaran hasta ese punto se ponen dóciles y difíciles de cortar, como si su mente o corazón de papa, dijera “vamos, apúrense, llevaremos poco tiempo de hervor, será fácil mordernos”, al tiempo de hacernos reflexionar sobre lo duro que es ejercer el poder de la cuchilla sobre algo frágil.

Las palabras brotan de las acciones las corto y las coloco a hervir en una cacerola con un poco de agua y sal.

Y repito: “papa vieja, Pepe muere” porque a la mañana leí la noticia sobre la salud del ex presidente de Uruguay que dijo a la prensa o yo interpreté algo así como “hasta aquí llegué, que sigan otrxs, lo más importante está por llegar, quiéranse, hagan el amor, tengan amigxs, hay que levantarse cada mañana porque sí, porque existen los amaneceres y la vida es hermosa”.

Entonces, se me ocurre la idea de hacerle un regalo, como por ejemplo, pedirle a mi hija que es artista que pinte un retrato de él y su esposa, o a él con su perro, a quien mencionó cuando pidió que sus cenizas sean esparcidas a su lado. ¿Tiene sentido lo que estoy pensando? Por ahí no. Porque ¿sería un regalo para recibirlo en vida o un regalo para darle la bienvenida a la muerte? ¿Existen este tipo de regalos, este tipo de ritual, en el que no sean flores? Porque ellas son las que indican un fin, son las que decoran con sus colores vibrantes la gama tenue, limpia, incolora que le queda al cuerpo cuando el corazón deja de funcionar. Me pregunto qué sentido tendría recibir algo cuando alguien ya no lo puede ver, tocar, oler, escuchar, contemplar y quizá lo tenga igual, porque al recibirlos los vivos pueden conocer algo que no conocían de quien no está entre ellos, para que le hagan compañía esté donde esté, para que se entretengan los espíritus, tener a los fantasmas contentos para que finalmente haya paz.

Pero mi hija me dice cómo se lo daríamos si no sabemos dónde vive, no somos periodistas, ni corresponsales, no hay manera de hacérselo llegar. Y tiene razón, algo que parece simple, liviano, una fantasía, se transforma en algo pesado de preguntar, gestionar, producir y no ocurre.

Solo esa pintura de él con su mujer y su perro en mi cabeza y en la de mi hija, mientras esperamos se cocinen las papas y queden blandas, livianas, salvadas a tiempo, sin rencor a punto de saborearlas porque estamos aquí.

Dolor. Fin

Comienzo un tratamiento con una sabia para un dolor que los médicos llaman “fantasma” y me entero, a través de ella, que el mismo comenzó en las mujeres que me antecedieron, mi mamá, mi abuela, ¿mi bisabuela?, de esta última no sé.

En todas, aparentemente, faltó el contacto físico, los besos, los abrazos, el hacer upa.

Todavía recuerdo lo que me dijo mi abuela cuando nació mi hija: “no la levantes tanto, no la acostumbres”. Esa falta de piel hizo que nos faltara un nutriente y que a las tres nos duela lo mismo. Recuerdo también otra frase, dicha por mi mamá cuando mi hija no paraba de llorar: “cuando eras bebé estuviste tres meses llorando y tuve ganas de tirarte por la ventana”.

Estas frases dichas al pasar y hasta con un tono de risa quedaron dentro del cuerpo interrumpiendo el normal funcionamiento, si por este entendemos algo que sucede sin que tengamos que detenernos a pensar en él a cada rato.

Pienso en mi abuela bebé, en mi mamá bebé, en mí como mujeres que no contaron con recursos, instrucción o compañía para sostener un llanto, un pedido, un berrinche y cómo aparece ese dolor para que lo alcemos, lo acariciemos, le hagamos saber que estamos atentas a sus demandas, escuchándolo.

Como por ejemplo, me pasa con este tratamiento que consiste en masajes en la planta del pie, tocar puntos y realizar torsiones, lo pienso como la bebé que fui que necesita que le preste atención.

Hay un movimiento parecido al de una ola que me hizo llorar de tristeza y alegría. Porque sentí que mi abuela, mi mamá y yo, fuimos niñas trabajadoras, a las que tal vez no faltó simplemente disfrutar. Mi abuela cuidó desde sus 8 años a su madre porque había quedado ciega; a la misma edad mi madre ya viajaba sola en tranvía, hacía mandados, los deberes para la escuela y todos los sábados la limpieza general; y yo creo que mi trabajo consistió en escuchar a mi mamá que se había separado de mi papá, a portarme bien, a ser prolija, ordenada, cumplir con la tarea.

Entonces esa simple ola que siento en la planta de mi pie, hace que desee que disfrutemos las cuatro en el agua, a mi abuela me la imagino teniendo sexo en aguas abiertas, a mi madre tirándose de un trampolín muy alto y a mí haciendo la plancha en una pileta termal.

El agua, me indica quien me atiende, es muy importante para mover la memoria celular, que no se deshecha, pero hay que impedir que se estanque.

Pienso en el órgano doliente, nada más ni nada menos que el intestino con su contorno de extensa nube. Forma un corazón imaginario y comienzo a respirar de otra manera.

Dudo que la muerte tenga un océano para que las personas que no pudieron disfrutar tengan la posibilidad de hacerlo después de la vida.

Lo proyecto transparente, repleto de burbujas de peces de colores que le prestan la respiración a mi abuela que se puso una maya azul, una cadena de plata en el cuello con una cruz, que le hace juego con un anillo; se tira mi mamá que respira perfectamente por sí misma y se le pone a upa a mi abuela porque en el agua no pesa, y después me tiro bomba yo, que las abrazo a las dos y nos quedamos las tres así hasta que se nos cansan los brazos y el dolor llega a su fin.

Ser y no estar

Viajamos rumbo a un balneario alejado, salimos por una calle de tierra hasta desembocar en la ruta que, en ese tramo, tiene una sola vía. Siempre me pongo nerviosa cuando eso ocurre, no confío en el movimiento que tienen los automóviles, ruidosos, pesados, rápidos.

Mi mente quiere moverse con el paisaje, como camina la vaca, como se mecen los pastos, como transitan las nubes. El contrapunto entre el mundo mecánico y el natural me marea. Siempre me quiero bajar, no confío en lo humano inventado.

Pero me contengo, respiro hasta que llegamos al lugar por un camino principal colmado de palmeras, casas de dos plantas sin separaciones unas de las otras, negocios y personas que pasean como si hicieran gimnasia.

Estacionamos el auto, bajamos con los bolsos, la carpa de playa y las sillas hasta encontrar un círculo de personas conocidas.

El mar parece calmo, pero, a medida que nos acercamos, observamos un declive muy profundo que lo hace peligroso. La arena es sedosa, hay camas hechas con pilotes de madera y tules para quienes deseen pagar y mirar el horizonte tomando champagne.

No reconocemos las sombrillas de las personas que están allí pero sí los sombreros, las mallas, los pareos, las maneras de estar parados y mover las manos.

Nos saludamos, hablamos y las palabras parecen galletitas. Se parten, hacen ruido, quedan dando vueltas solas en la boca. No me siento unida a ellas ni a las de los demás. Ocupo un lugar en una lona, en una mesa, caminando al lado de otra en la arena, pero no estoy.

Mi cuerpo sí, mi rostro, pero no mi ser. Se escindió sin hacer ruido y quedó una pura apariencia.

Mi cuerpo arrastra una carretilla de momentos similares, de la adolescencia cuando mis compañeras intercambiaban información sobre ropa y maquillaje; de la adultez cuando en las aulas los profesores critican a los chicos creyendo que ellos no los escuchan y por ahí es así, pero en el ambiente sus palabras crean una nube espesa, gris. Queda una humedad parecida a la que sentimos cuando hace mucho calor, el cielo se pone negro, pero no llueve, se demora una verdad, que se sería conversar cara a cara con los estudiantes, no como ocurre en realidad unos por un lado y otros por el otro o unos detrás de los otros, como si las espaldas tuviesen bocas, ojos.

A veces, las palabras nos ahuecan, y otras se llenan de agua, fuego, piedras, animales y flores.

Odio la excepcionalidad pero la siento

Asisto a la primera reunión de una escuela secundaria a la que concurren adultos en el turno noche. Nos reunimos en un aula, más o menos 15 profesores y la directora.

Las mesas están dispuestas como un tren, de modo que las sillas puedan colocarse de un lado y del otro y, a medida que nos sentemos, nos veamos las caras.

Nos juntamos para conversar sobre un proyecto sobre el cual comenzamos a trabajar el año pasado, a partir de un requerimiento del gobierno local, quien indicó que el mismo debía tratar sobre el barrio en el que está el colegio.

En ese momento, como no lo conocía mucho y teníamos poco tiempo, se me ocurrió que diéramos una vuelta a la manzana con el propósito de que lxs estudiantes reconocieran plantas, flores, frutos. Este trabajo tuvo por título: "Historia afectiva de los árboles".

Cada profesor/a pensó un tema, un modo de abordarlo, lo recopiló y con ese material confeccionó la portada de un periódico que compartieron en esa oportunidad.

Cuando lo veo siento que el producto final fue elaborado para satisfacer una demanda gubernamental más que un interés de lxs estudiantes.

Nos reunimos a pensar la segunda tapa, qué información tendría. A mí no se me ocurre nada, hasta que una profesora comenta: "qué tal si nos comunicamos con las hermanas de Diego Armando Maradona para que les hagan una entrevista". Todxs acatan la idea, parecen contentos, a mí no me entusiasma tener que guiarlxs para que realicen una investigación sobre la familia del ídolo, pensar preguntas y que las practiquen de manera oral para que salga bien el encuentro cuando se lleve a cabo.

Empiezo a habitar un set de televisión, un decorado y pienso si no sería mejor algo menos rimbombante, que tenga que ver con su propia historia, cuánto por escribir si son personas que tienen 18, 35, 50, 62 años de edad. Pero no digo nada por miedo a ser excluida de un grupo. Al final, soy tímida. Me falta coraje.

No sólo en relación al proyecto, sino también a que nadie mencione que los sueldos están congelados, que ninguno llega a fin de mes, que muchos compañerxs se quedaron si horas, que el próximo año se queden más, que a medida que nos piden completar más planillas y formar parte de nuevas iniciativas no se nos consulta qué nos parece, qué propondríamos a quienes estamos en contacto a diario con lxs alumnxs.

Entonces, para no sentirme sola miro alrededor para ver si algunx disiente con lo que pasa, si está incómodo, o a punto de extraviarse con el hecho de cumplir sin participar o disentir.

Eso no ocurre, lo cual no quiere decir que no vaya a ocurrir.

Encontrar a alguien con quien hablar en voz baja lo que perfectamente podríamos compartir con los demás si no tuviéramos miedo a ser rechazados, a quedar como locos o ingenuos. Recuperar la valentía que se necesita para no engolosinarnos con temas de agenda, ni personajes y sintonizar con las historias no escuchadas ni escritas, en algún punto, también, como la de cualquier docente argentino.

Artesanías en azúcar

Salimos a caminar con mi hija por Montevideo, cerca del puerto y veo un edificio destinado a la educación de las empleadas domésticas, creado a principios del siglo XX. Sobre la fachada cuelga un letrero con los nombres de los cursos que se pueden seguir, además de cursar el bachillerato. Los que recuerdo son: peluquería, corte y confección, masajes, cosmética, gastronomía, tejido y artesanías en azúcar.

Esta último me lleva a un lugar mitad fantasía mitad realidad.

Por ejemplo, a mis 8 años, cuando quería ser bailarina clásica, entrenaba todos los días, cuando no lo hacía bailaba mientras caminaba por la ciudad porque ese tipo de baile encarnaba lo que realmente deseaba, que era estar un rato pisando la tierra y enseguida saltar o ponerme en puntitas de pie, como si estuviera en el aire. Lo que pasó después es que se frustró por la contextura de mi cuerpo.

Después de ese episodio se me aparece otro, estar a punto de recibirme y querer recrear un centro cultural, a partir o dentro de uno que ya existía. Recuerdo haber escrito un cuaderno entero con ideas, cursos, muestras, producciones, ciclos, itinerarios. Pero, cuando me di cuenta que este proyecto requería de un espacio nuevo que no fuese un centro cultural que ya tenía, más o menos, lo que yo quería hacer desde otra perspectiva, me cansé. Por la cantidad de pasos, permisos, cosas que buscar, solicitar, exhibir, demostrar, sostener a lo largo del tiempo para que se justificara el esfuerzo.

Otro momento más, fue cuando me convertí en madre y se me ocurrió la idea de alquilar un espacio junto a mis amigas madres y artistas para que trabajásemos ahí, y nos fuéramos turnando, mientras que unas daban clases otras cuidaran a lxs hijxs y luego al revés. Pero tampoco funcionó porque llevaba tiempo, ahorros para el depósito y el mes de adelanto y la adaptación a una nueva forma de vida.

Pienso en la escritura que es una de las cosas que más amo y vivo con la duda sobre a quién más le puede importar lo que registro.

Entonces: cuerpo, esfuerzo, ahorro, importancia formarían parte de la palabra artesanías y danza, centro cultural, maternidad, escritura las que formarían parte de azúcar.

Como esos muñecos, animales, flores y casitas de muchos colores que se exhiben en las góndolas de las reposterías, hechas con las manos, que, como terrones diluidos en café, desaparecerán.

Abuela dándonos la espalda

No logro recordar cómo estabas vestida, si con el camisón blanco, el vestido de entrecasa amarillo, rojo y negro floreado, o con la pollera azul y la camisa de seda gris. Lo que sí sé es que estabas parada en la cocina de tu casa mirando por la ventana que daba al jardín, ¿detendrías tus ojos en alguna hoja, arbusto o flor? o ¿simplemente lo recorrerían al pasar con la serenidad que produce ver a los hijos cuando llegan a la madrugada sin que les preguntemos nada?

A R. ya la conocías, viste qué grande que está, hacía, exactamente 15 años que no la veías y este es S. estaba embarazada de él cuando moriste, es altísimo, los dos son hermosos y simpáticos.

Te pusiste contenta que de golpe estemos acá, sentados los tres en estas sillas tan cómodas alrededor de la mesa de fórmica blanca. La verdad es que no sé cómo hicimos para llegar a esta casa en la que ya no vivís, y además sin avisarte.

Veo tu espalda y tus rulitos dorados, hablás mientras cocinás. Qué dirás. No escucho bien. Pero respondo todo. Estoy tan contenta de volver a charlar. ¿Te contaré del trabajo, de la crianza, de algún que otro problema, de mis amigas, o comentaré algo a partir de alguna frase tuya?, tanto tiempo sin vernos estoy expectante.

Después de unas horas escucho clarito que me preguntas: “¿a los chicos les gusta el pollo?, ¿y el puré?, ¿y qué preferirán, postre de chocolate o vainilla?”

Respondo que comen de todo, más si los hacés vos, ellos nunca probaron tus manjares.

Y una vez que terminás, nos avisás para que nos preparemos y, en ese momento, no distingo si me llamás para que te alcance los platos o los traés caminando hacia atrás.

Estás con nosotros de espaldas. No querés que nos veamos las caras.

Aceptamos esta nueva manera de visitarnos, es la manera dulce en que se manifiesta el pasado, alimentándonos sin mirarnos, porque los ojos están adelante, en el jardín, en otro lugar.

Vestidos

Recuerdo el tiempo que llevaba hacer los vestidos en los años 80 para niñas que, en ese entonces, teníamos entre 2 y 9 años.

Ver revistas, ir a las sederías, a las merecerías, elegir las telas, conseguir: hilos, botones, cierres, puntillas, cintas; ir a la modista que nos tomaba las medidas, probarnos la prenda que estaba confeccionada por la mitad y la otra sostenida por alfileres; ajustar, recalcular, tomar eran verbos propios de un oficio y de la espera, hasta que finalmente conocíamos la obra y la pasábamos a buscar.

Qué otra cosa eran esas bellezas portables, en las que habían trabajado un montón de personas: el o la diseñadora, el fotógrafo, el editor de la revista que podía llegar a las manos de cualquier persona, pese que no todas contábamos con los recursos para mandarlos a hacer.

Recuerdo uno verde claro con florecitas rosas, una pechera con frunces que se repetían en los puños y en la falda; otro blanco con florecitas rojas, rosas, amarillas y naranjas, con cinta en la cintura y el cuello de broderie y otro de azul con florcitas turquesas y celestes y cintas de terciopelo azul que remarcaban la pechera.

Pienso en todas las sensaciones que produce un vestido, la ropa nueva sobre un cuerpo que enseguida es visto por los demás. Lxs alegra.

Y me pregunto, en qué momento cedimos completamente al mercado la fabricación de la ropa. ¿A partir de los 90, de los 00?

No me refiero sólo a la especial, aquella que usamos en festejos sino cómo es que se perdió, perdimos el tiempo, el dinero y la imaginación en relación a su fabricación y a las posibilidades de encantarla.

Así como digo la palabra vestido, podría ser chaqueta, guardapolvo si pensamos en una escuela, por ejemplo, en una fábrica, en un club social.

A qué me refiero, a que, por ejemplo, en la escuela además de dar lengua o cualquier otra materia tendríamos que aprender y enseñar a hacer prendas.

Para el uso diario la haríamos de papel y para salir de telas, nylons, lo que sea o encontremos en el predio donde trabajamos.

Me imagino vestidos, remeras, pantalones, pulóveres, sacos, pilotos, botas, zapatos de lengua y literatura hechos con hojas rayadas. En las que anotar cosas que queremos olvidar, otras que queremos recordar, frases de clases y conversaciones escuchadas al pasar.

Ropa de novelas, cuentos, cartas, ensayos, poesías que caminan, que llevaron mucho tiempo y la colaboración de las personas con quienes compartimos la vida a diario: la portera que nos abre la puerta, el vendedor del kiosco, el preceptor, los compañeros. Los colores se crearían escuchando y escribiendo esas historias.

Habría que cambiarla cada año porque crecemos y tendríamos que inventar un diseño por cada estación. Así serían las artesanías escolares del trabajo del futuro: alegría y dedicación.

Café

Ayer mientras caminaba por la ciudad me preguntaba, quién era antes de ser madre. La mañana era fresca, el cielo estaba gris, pero cada tanto las nubes se corrían hacia los costados como un telón para mostrar tenues rayos de sol.

Y me respondí que fui una chica que no paró de caminar, de la escuela a la casa, de la casa a la escuela de danza, de la casa de su madre a la de su padre, de la casa de un abuelo a la de la otra abuela, de la casa de amigos a los de otros, de una facultad a otra, de una ciudad a otra, y, dentro de la misma, a videotecas, bibliotecas, hemerotecas, cines, centros culturales, museos, bares, todo me llamaba la atención, buscando encontré herencias históricas preciosas.

Después de muchos años de noviazgo fui madre. Al principio, con una sola hija era más fácil salir, pero con dos, quedaba exhausta.

Y me encerré: limpié, lavé, cociné, alimenté, junté, bañé, cambié, seguí moviéndome, pero dentro de una casa, un mismo camino dentro de una ciudad.

Escribí mucho sobre esa etapa que duró 17 años.

Ahora siento que comienza algo distinto. En principio, tengo tiempo porque mis hijos no me requieren de la misma manera, hacen sus planes, tienen sus amigos, sus cosas.

Entonces me encuentro con la pregunta sobre quién fui antes de ser, durante tantos años, sobre todo mamá.

Mientras camino el deseo se hace cada vez más potente. Tal es así, que decido ir sola al cine, la última función que proyectan en un museo. Tomo el colectivo, entro a un bar muy lujoso, no tengo dinero más que para un café, la moza retira el mantel, las copas, los platos y le pido por favor que no se lleve la velita que está dentro de un recipiente de vidrio. La noche es suave. Pasan una música alegre de fondo. Pido un café con leche, dulce, riquísimo que tomo de a poco, y enciendo la linterna del celular para leer textos escritos por chicos que tienen 14 y 15 años.

Después de la película, tomo un taxi y vuelvo a casa.

Y cuando me levanto le propongo a mi marido hacer excursiones. Tomar los trenes que van a Pilar, La Plata, el que pasa por Campo de Mayo, y bajarnos en cada estación para conocer.

Vuelvo a tener una energía parecida a la de mis 8, 9 o 10 años. De expectación por cada lugar al que íbamos, las personas que estábamos por conocer, sus voces, sus risas, sus historias.

Quiero reencontrarme con lo que está cerca y no conozco. Entregarme al paisaje, como cuando con mi madre íbamos a la casa de sus amigos y al principio todo era sorpresa, ver con quiénes comenzábamos a hablar o a jugar, pasar algún que otro momento de claroscuro, pero siempre al final del día sentir que las sombras cerraban los ojos y era todo naranja, aunque fuese de noche.

Verdad

Las últimas veces que estuve con un grupo de amigos me hicieron acordar a las reuniones que vivía siendo una adolescente.

A los 14 años me había distanciado del grupo de la escuela secundaria y buscaba con quienes divertirme, descubrir cosas, en quiénes confiar.

Me llevó mucho tiempo encontrar, mientras tanto escuché, salí, dije cosas sin importancia, sentí el peso de una máscara. Hasta la cara me dolía, las muecas, la sonrisa falsa. Hablar de ropa, de chicos, de viajes, de recorridos en colectivo. Qué pesadilla.

Hablar de series, tratamientos, cosas de la escuela. Qué aburrimiento. Es raro a los 50 años de edad.

Entonces, tomé la decisión de alejarme. Como modo de empezar a vivir otras cosas, aunque fuese sola.

Fui al cine, a un parque. Aun sabiendo que mis mejores amigos siguen juntándose con quienes no quiero ver más.

No me hicieron nada malo, son simpáticos, solidarios, sin embargo, el tiempo juntos se llenó de huecos. Estaba encerrada entre palabras, vasos de cerveza y sonrisas. Me quería ir.

Ayer volví de un parque después de haber caminado 50 cuadras. Miré el cielo, los perros con sus dueños, los niños y las niñas a upa o de la mano de sus padres y sus madres.

Los domingos se prestan a una gran fiesta de los sentidos si uno no está triste o enojado. Cuando llegué a casa puse la comida a calentar y esperé a que vinieran mis amigos de la casa de uno de los grupo que dejé de ver.

Abracé la almohada hasta ese momento como si fuera un peluche o una verdad con sus ojos duros y tiernos.

Peces

El año pasado, en el mes de noviembre, mientras viajaba en un colectivo para dar clases vi a una chica que tenía unos aros mágicos: dos peces naranjas en una bolsita de plástico transparente con un líquido que simulaba agua. No me pude contener y le pregunté dónde los había comprado. Me respondió y anoté en mi memoria el nombre del local. Durante todo el verano estuve por ir, pero nunca encontraba la oportunidad hasta que, recién en el mes de marzo de este año, fuimos con mi hija a quien acompañaba para comprar un par de zapatos.

Subimos una escalera hasta llegar al local, miré por arriba y no los vi, le pregunté a una vendedora quien me dijo que no le quedaban más, y antes de salir mi hija los encontró, me puse feliz, los pagué y le comenté algo a la cajera quien me dijo que había tenido suerte porque era el anteúltimo par.

Cuando llegué a casa los dejé sobre mi mesa de luz, al lado de una tortuga de cerámica y un pez de papel maché.

Hasta que ayer me los puse. Me sentía especial y no pasaron desapercibidos, las alumnas los admiraron, una de ellas me pidió que le regalara uno, y hasta fueron elogiados por un grupo de profesoras que no saludan.

A la tarde, después de dar la última clase, me los saqué y los guardé en la cartera. En casa los puse sobre el escritorio mientras tomaba un té y terminaba de corregir algunos trabajos.

A la noche, fui a gimnasia, luego dormí, hoy a la mañana fui a dar clases y a la tarde cuando volví a guardarlos en el alhajero ya no estaban.

Despejé el escritorio y nada. Busqué en cada uno de los cajones donde guardo clases, por la casa, la basura y tampoco.

Le pregunté a cada integrante de la familia y ninguno los había visto.

Entonces no pude hacer nada más que llorar. A mi edad. Una señora de casi 50 años que se apena por haber perdido lo que, seguramente, sea una frivolidad. Me entristeció igual. Me recordó a una cartera que perdí en un bar a los 7 u 8 años, a un frasco transparente con tapa blanca en el que vendían roys de fotos, en el que había puesto una foca de plástico y lo había llenado con agua. Esos objetos que me hicieron sentir alegre y nunca más los volví a ver.

Lloré porque los quiero, no quiero recordar.

¿Se los habrán llevado los espíritus de las personas que los halagaron?

¿Cómo habrán hecho para entrar si las ventanas estaban cerradas?

¿Me los robaron sus sonrisas?

¿No les habrá gustado estar colgados de mis orejas?

¿Habrán agujereado las bolsitas para nadar en mis lágrimas cuando me fuera de la habitación?

Lo único que me importa es seguir buscando hasta volver a encontrar la magia otra vez.

Máquina o deleite

Salgo de dar clases al mediodía, vuelvo a casa y me llama mi hija por teléfono, diciéndome que por favor la vaya a buscar al colegio porque algunxs docentes se adhirieron al paro, fueron pocos chicxs, no quiere estar en la escuela.

En otro momento hubiera salido corriendo, pero ayer no, me tomé un tiempo para pensar, probar alternativas antes de salir.

Llamé al colegio y no respondía nadie, mandé un correo al preceptor autorizándola a volver sola y tampoco obtuve respuesta.

Y, en cambio de enojarme con ese silencio institucional, me emparenté. ¿Cuál era el problema que ese día estuviera con los compañerxs que habían ido, aunque no fuesen sus mejores amigxs?; si no hubiese ido ningunx, ¿cuál era el problema de estar sola con unx profesorx?; y si no habían asistido ni unxs ni otrxs, ¿cuál era el problema de aburrirse hasta la hora de salida?

Ninguno.

Le mandé un mensaje mitad mentira mitad verdad, contándole que tenía que ir a dar clases a la tarde y no me daba para ir y volver tantas veces y me fui.

Antes de entrar al colegio, caminé por una avenida comercial, me quedaba poco tiempo, pero tenía ganas de ver vidrieras, algo que nunca hago. Colorido.

Entré en una galería que funciona en un antiguo colegio, justamente, es laberíntica, hermosa, porque no sigue un patrón estético, sino que conviven distintas formas de ser feliz, autogestivo, autosustentable.

Subí unas escaleras y me encontré con una casa de ropa que exhibía un vestido cuadrillé rojo, de mangas cortas, un moño en el pecho y una falda voluptuosa.

Entré, me lo probé, la diseñadora ciñó la tela al cuerpo, lo compré y quedamos en que pasaba a retirarlo una semana después.

Hice algo repentino que no tenía pensado. Hice algo por deleite. En cuotas porque soy una profesora que no llega, trabajando tres turnos a fin de mes, me lo permití igual.

Cuando salí del local, de ese encantamiento sentí como si me hubiese comprado una joya, una cadena, un reloj. Algo inédito dado mi poder o mi contrapoder adquisitivo.

Miré mi dedo índice como si llevara puesto un anillo de oro con la forma de una mariposa con los ojos carmín.

Y guardé mis manos en el bolsillo de un sobretodo de mi imaginación hasta llegar al secundario nocturno.

Allí escribimos textos sobre el trabajo, a partir de la lectura de la obra teatral “La isla desierta” de Roberto Arlt.

Leí textos de planchadoras, empleadas domésticas, encargados de maestranza, cargadores de telas, empleadas de fábricas de alimentos y textiles, padres, madres, cuidadoras de ancianos.

Más allá de la pesadez y la repetición, todxs resaltaron músicas, conversaciones, traslados que los salvaron.

Quizá como a todxs.

Salirnos de las máquinas para gozar y sentir.

Meditación

Al principio, visualizo el color rosa. Luego el turquesa. Por último, el amarillo.

No se me viene a la mente un momento feliz de la infancia inmediatamente, pero, a medida que la sesión avanza, sí.

Cuando me puse un vestido de mangas cortas, tela floreada, lazo y cuello de broderie.

En un cumpleaños que no era mío, habían contratado a unos animadores, y recuerdo que me señalaban un punto que en la foto no se ve.

Sólo mi cuerpo de 9 años, un peinado con media cola, la mirada un poco triste, una pulsera dorada con florcitas talladas.

Después, se me aparece el contorno de los ojos de un chico que me gustaba a la misma edad, la libertad que sentía cuando pasaba en bicicleta por la casa de otro, cuando tuve 12 años, cuyas ventanas siempre estaban cerradas.

Después, una malla azul, turquesa y blanca que nos habían regalado para una navidad a las tres primas por igual, con las que nadábamos, nos tirábamos bomba y jugábamos toda la tarde en la pileta de la casa de mi tía.

Después, se me aparece el rostro de mi madre que abarca el cielo entero y sonrío. Creo que la felicidad en mi infancia estaba al lado de ella, sentía paz.

Y luego imágenes relacionadas con su presencia: mandados, kioscos en la vereda, invitaciones de amigos, tartas de caballa y choclo después de un día de club. Abrazo con la mente una, en la que nos mandaba a cortar retamas que decoraban la calle principal en la que vivíamos.

Nos subíamos a una bicicleta con una tijera y una canasta de mimbre en las que transportarlas.

No digo soy mi mamá, por la cantidad de detalles físicos que tenemos en común. Digo me gustan las flores tanto como a ella, por todas partes.

Me llena de energía saber que podemos pasear, cortar cosas o momentos de donde están y llevarlos con nosotras.

No es triste, al revés, es darles la posibilidad de que tengan contacto con las manos de los niños, con el agua, en cambio de estar toda una vida en la tierra, mojar las patitas en una jarra como si fuera una pileta, ser miradas y admiradas por otras personas.

Es un aprendizaje sobre la elección de cómo vivir: si siempre en un mismo lugar en el que priorizamos la duración o en otros a costa de perecer, como todas las personas que vendríamos a ser las flores arrancadas de la nada hacia el contacto y la alegría que producen las variaciones y las sorpresas.

Desde el color de la flor puedo amarillear el negro de lo que también pasaba, cómo es posible que no se me presente un recuerdo feliz con mi padre, por ejemplo. Entonces aparecen dos momentos buenos: uno en el que nos enseñó a despegar estampillas y otro en el que con un piolín atado a un frasco de vidrio íbamos a pescar a un lago artificial. Eran cosas fuera de lo común como si al tallo lo cortaran.

En la misma canasta de mimbre que agarré en mi infancia coloco a los cortados y a las cortadas para que habiten una jarra imaginaria llena de agua transparente y sean festejadas por todos los ojos de las personas que habitan el mundo.

Tamara Domenech

La Plata, 1976. Vive y trabaja en la Ciudad de Buenos Aires. Es Licenciada en Comunicación Social (UNLP), Diplomada en Gestión Cultural (UNSAM), Profesora del Nivel Superior (UTN), escritora, editora y artista visual.

tiempodorado.com

www.instagram.com/tadomenech

www.instagram.com/ediciones.presente